

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 36 por trimestres en la administración.—En el extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Payll-Bastiere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA

Entre tantos incidentes curiosos como está ofreciendo la lucha tenaz empeñada entre el Parlamento prusiano y el Gobierno presidido por Bismark, ninguno quizá lo es tanto como el que en este momento está sucediendo. Dos diputados de la Cámara, los señores Twisten y Freviel, juez el primero del tribunal civil de Berlín, y juez de distrito el otro, parece que en una de las sesiones dieron suelta a su lengua del modo más parlamentario, difamando a sus superiores gerárquicos escudados con su inviolabilidad de representantes del país. El Sr. Bismark, que ha dado tantas pruebas de ser hombre a quien no atajan escrúpulos parlamentarios, ha hecho de manera que el procurador general entable una acusación contra los dos susodichos diputados, acusación que ha sido admitida por el Ober tribunal (Tribunal Supremo) por nueve votos contra ocho. Este incidente casi inaudito en los fastos parlamentarios, ha llevado a su colmo la irritación de la Cámara contra el Gobierno. ¿En que viene a quedar, dicen los diputados, la independencia del Parlamento desde que queda sometido a un tribunal compuesto de miembros elegidos por el Gobierno? ¿Si se admite que el Ober tribunal debe reprimir los excesos que los representantes del país cometen en el seno de la Asamblea, no es abrir ancho puerto al abuso del poder ejecutivo en cuyas manos se pone un arma terrible que podrá esgrimir a su placer contra las prerrogativas parlamentarias?

Verdad será todo esto; pero ¿es justo, es racional, el admitir la absoluta irresponsabilidad de los diputados dando así lugar a que abusen, como acaba de suceder en Berlín, de sus derechos? ¿Cómo puede tolerarse que un diputado se valga de su inviolabilidad para arrojar a la faz del país acusaciones que rebajan y desprestigian a los ministros más altos de la magistratura, ó cometan otros excesos semejantes?

Los maestros de la ciencia parlamentaria contestan que estos excesos ya los tienen previstos, y para eso los reglamentos de todos los Parlamentos conceden al presidente la facultad de dirigir las discusiones y poner en sus manos los medios para impedir que la ligereza de los diputados pueda comprometer la dignidad de la Cámara. Muy bien; pero el presidente de una Cámara popular no es elegido por el partido preponderante en ella y por tanto un hombre de partido, que no podrá menos de mirar con parcialidad, ó por lo menos con indulgencia, los actos de sus correligionarios? Si estos excesos no son tan graves y tan frecuentes, no es debido a la eficacia de los medios con que han querido prevenirse, sino a que los Parlamentos y sus presidentes son hechura por regla general de los Gobiernos, y que tienen de esta manera el camino espedito para evitar conflictos. Pero si una Cámara cuenta con una mayoría hostil al poder, como acontece en la prusiana, entonces surgen a cada momento incidentes tan lamentables como el que hoy hemos señalado, no quedando otro recurso para salvar los grandes intereses del Estado y la dignidad de los altos

funcionarios sino el saltar por encima de las leyes.

Nosotros, por lo demás, al ocuparnos en este incidente, acompañándolo de algunas reflexiones, no decidimos si la conducta del Gobierno es ó no perfectamente justa. Nuestro único objeto es señalar, ya que la ocasión se presenta, una prueba más de los vicios esenciales del parlamentarismo que, teniendo el absurdo por base, no puede dar sino malos frutos, y crear conflictos y dificultades insuperables.

Turquía, que aunque musulmana, ó más bien por serlo, ha querido gustar también los frutos de la civilización moderna, está tocando los efectos. Su situación financiera corre pareja con tantos otros Estados europeos, que siguiendo el famoso axioma descubrieron por la sabiduría liberal de que una nación es tanto más rica cuanto más debe, de tal modo le tomó el gusto a los empréstitos, que los ha multiplicado sin freno. El resultado en esa nación semi-salvaje, como en las civilizadas a la moderna, que todo viene a ser lo mismo, ha sido idéntico, sea dicho esto con perdon de la sabiduría liberal. El Gobierno turco no ha pagado, ni encuentra medios de pagar, el cupon vencido en 1.º de Enero, ni cuenta con recursos de ningún género para atender a otras no menos perentorias necesidades. Con este motivo se habla, según nos dijo el telégrafo, en Constantinopla, y en voz alta, de la bancarota que se cree irremediable; Fuad-Bajá, gran visir, y el mismo Sultán, van siendo muy impopulares; y tómense, por último, desastrosas consecuencias de ese estado de los negocios y de los ánimos.

A nosotros ni á nuestros lectores tampoco creemos nos quitará el sueño el que á Turquía se le lleve la trampa, antes bien no veríamos sin muchísima complacencia que desapareciese ese borron del mapa de la Europa cristiana. Lo que sí nos importa observar es el absurdo de ver admitida á Turquía en el juego financiero de Europa con beneplácito de los demás Gobiernos. Turquía levanta empréstitos, crea valores, su papel se cotiza en las Bolsas, en una palabra, obra en la materia como los demás Estados europeos. ¿Es esto racional? El público al dar su dinero tiene derecho a saber cómo se emplea y contar con alguna garantía. Todos los Estados, aunque muy empuñados por regla general, y de solvencia un poco dudosa por lo menos, tienen sus presupuestos conocidos, publican la inversión de sus rentas, dan, en fin, alguna luz, por más que sea bien escasa, del estado de su hacienda; pero en Turquía van las cosas muy de otra manera. El presupuesto no consta más que de cinco ó seis líneas: ministerio tal... tanto; ministerio cual... tanto, y así de los demás. Agréguese a esto un ejército cuyos grados se conceden al capricho del Soberano, pensiones a diestra y siniestra, gastos enormes empleados en satisfacer los goces del Sultán, rodeado de favoritos y favoritas sin cuento, y se tendrá una idea de la desastrosa situación del Imperio turco. ¿Es racional, volvemos a preguntar, que los Gobiernos europeos permitan que los valores

turcos se coticen en las Bolsas europeas, dando así ocasión a que se arruinen los incautos seducidos con la esperanza de un lucro considerable? Pero, ¿cómo había de negar la civilización moderna sus simpatías a la barbarie musulmana?

### TELEGRAMAS.

PARÍS, 6.—Hoy al cerrarse la Bolsa, quedaban los ferro-carriles de Alicante y Zaragoza a 2,470; el 3 por 100 portugués a 45 3/4; el cambio sobre Lisboa a 539; el 5 por 100 italiano a 6,185; el crédito territorial francés a 1,310; el crédito mobiliario francés a 772; el español a 417; el ferro-carril de Sevilla a Jerez a 49, y el del Norte de España a 172.

PARÍS, 6.—En la apertura del Parlamento inglés, la Reina, en su discurso, dice: que son amigables y satisfactorias las relaciones con las Potencias extranjeras, sin que haya razón para temer que se altere la paz general.

Se someterá al Parlamento la correspondencia de América relativa a los cruceros confederados. España ha aceptado los buenos oficios de Inglaterra y Francia en el conflicto de Chile. Inglaterra desea por su parte que esta mediación conduzca a una solución satisfactoria.

Se someterá al Parlamento los documentos de la investigación acerca de la extensión del derecho de sufragio.

PRESTH, 6.—El proyecto de mensaje al discurso imperial mantiene los mismos principios del mensaje de 1861, donde están inscritos los derechos de Hungría.

LONDRES, 7.—Lord Russell presentará a las Cámaras el proyecto de reforma de aquí a un mes.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 8 DE FEBRERO DE 1866.

### LA ENCÍCLICA Y EL GOBIERNO IMPERIAL FRANCÉS.

Entre los documentos diplomáticos presentados por el Gobierno de S. M. la Reina en los Cuerpos colegisladores, son de notar muy especialmente los despachos dirigidos por el señor D. Alejandro Mon, siendo embajador en París, al ministro de Estado, el año pasado de 1865. Refiérese en este documento la conversación que pasó entre nuestro enviado y el ministro de Negocios extranjeros de Bonaparte, de esta manera:

«Habiendo yo advertido al señor ministro de Negocios extranjeros que en este plazo de dos años las Potencias católicas podían hacer alguna gestión para ponerse de acuerdo a fin de impedir los acontecimientos que pudieran sobrevenir al cumplirse este plazo, y a fin de garantizar con más seguridad el poder y la autoridad del Papa, sin dejarla expuesta, a las contingencias del porvenir, y preguntándole cuál sería su opinión sobre estas gestiones, me contestó evadiendo la respuesta, bajo el pretexto de que mucho pudiera influir en su resolución la actitud que tomase el Padre Santo en sus relaciones con las Potencias católicas. Juzga el ministro que, si el Padre Santo había de repetir las manifestaciones que se desprenden de la Encíclica que acaba de publicarse, y que en su opinión puede comprometer ó incomodar al Gobierno francés, en este caso sería poco conveniente hacer grandes esfuerzos para resolver en cierto sentido la cuestión que hoy se refiere a Su Santidad. Que si, al contrario, el Padre Santo se convenciese

de la necesidad de ponerse más en armonía con las necesidades de los tiempos modernos y con la organización política que hoy rige en la mayor parte de las naciones, entonces sería más fácil vencer las dificultades que puedan oponerse a una solución más conveniente a los mismos intereses católicos.»

Claramente se ven por estas palabras el espíritu y las exigencias de la política del vecino Imperio: si el Papa no vuelve a repetir sus venerandos oráculos, con que tanto se ofende la susceptibilidad liberal del Imperio; si el Papa se llega a convencer de que es necesario transigir con los errores de la época, y conciliarse con ellos aun a costa de la integridad y pureza de la doctrina cristiana, se le ayudará a vencer las dificultades que surjan contra la conservación de las reliquias de soberanía temporal que la revolución le ha dejado en su poder, murmurando y amenazando arrebatárselas. Pero si se obstina en ser Papa, es decir, custodio incorruptible del depósito que le está divinamente encomendado y dispensador de la verdad, mostrándole a los pueblos con todo el brillo de su imaculada pureza, sin consideración a los poderes de la tierra ni del infierno, antes desafiando su furor con santo denuedo confiado en el apoyo invisible pero seguro del Señor del universo, entonces sería poco conveniente hacer grandes esfuerzos para resolver en cierto sentido la cuestión que hoy se refiere a Su Santidad. Mucho pide, pues, la política francesa al Vicario de Cristo por precio de sus futuros aunque no seguros auxilios; ¿qué decimos? le pide lo imposible, que imposible es abandonar el Pontificado la causa de la verdad, el magisterio infalible del mundo, para no incomodar al Gobierno francés. Pilatos ciertamente no demandó tanto a nuestro Divino Salvador para libertarle de sus enemigos como hoy se exige a su inmort

tal Vicario para librarse de las manos de los revolucionarios que en la misma Roma tramán toda clase de conjuraciones contra su potestad sagrada. Pilatos, decimos, no exigió de Jesús que hiciese traición a la verdad, antes preguntóle por la verdad misma; pero la política francesa pretende que el Papa selle sus labios porque no declaren la verdad misma que tanto ofende a los que aborrecen la luz, sin duda para no ser argüidos ellos y sus obras de pérdida malicia: *ut non arguantur opera ejus*.

Descubre el Sr. Mon en sus notas un pensamiento, un temor, ó como hoy se dice en frances, una preocupación constante, reflexionando sobre lo que será de Roma el día que se vea partir de su recinto a los soldados franceses. El tratado de 15 de Setiembre asegura a la Santa Sede (seguridad cuyo valor no es ocasión de examinar en este momento) contra nuevas agresiones de Victor Manuel y de las bandas garibaldinas que pudieran formarse y repetir el grito verdaderamente satánico de: «Roma ó muerte»; pero nada dice del caso de una sedición armada dentro de los muros de la Ciudad Eterna contra la autoridad del Pontífice, luego que transcurridos los dos años de plazo señalados en aquel convenio se vea desgarnecida. ¿Qué hará entonces Napoleón? Hé aquí la idea que embargaba el ánimo del embajador español. Para resolver este punto no omita diligen

cia alguna importante; para esto asistía a las sesiones legislativas francesas; para esto interrogaba ó solo ó acompañado del ministro de Austria. Hé aquí lo que oyó el Sr. Mon en el Senado imperial de labios del ministro de Napoleon Mr. Rohuer:

«Si, ha exclamado Mr. Rohuer; estos dos años pueden proporcionar grandes elementos de conciliación. Cuando se insiste cerca del Gobierno para que diga el uso que hará de su libertad de acción al transcurrir esos dos años, no puedo responder, porque deseo, porque no quiero dar pábulo a peligrosas resistencias y deplorables ineptias; porque no quiero, en nombre del Gobierno, dar una aprobación a ese doloroso non possumus que amenaza perderlo todo.»

«Declaro que esa libertad debo reservarla toda entera en nombre del gobierno; si, toda entera. En efecto, ¿qué podría yo responder? ¿Debería decirlos que después de estos dos años, si la revolución se enciende en Roma y amenaza al Santo Padre, no volveríamos? Esto sería una excitación a los ardores revolucionarios; esto equivaldría a decirles: Podéis obrar, pues la Francia ha abandonado a Roma para siempre.»

«No, yo no puedo usar un lenguaje semejante. ¿Debería, por el contrario, decirlos, sean cuales fueren los acontecimientos al cabo de los dos años, volveremos a Roma si el poder Pontificio se halla comprometido? Tampoco; pues si se hiciera una declaración en este sentido, se estimularían resistencias que hemos sentido ineptias que habéis desaprobado. ¿No sería esto paralizar esa conciliación que todos deseamos y esperamos obtener?»

En vano, pues, puso atento oído el embajador español para satisfacer su justa curiosidad, para calmar su penosa inquietud, a las palabras del ministro; esas palabras no dicen nada, no contestan a nadie, no tranquilizan a los católicos ni a los revolucionarios, ni al Papa, ni a Victor Manuel; son simplemente la expresión de la perpetua reserva de los que no quieren seguir a Cristo ni servir a Babil. Pero si la curiosidad de nuestro embajador hubo de quedar más excitada que satisfecha con la declaración que nada declaraba del orador napoleónico, en cambio sus sentimientos como español, es decir, como católico, y como embajador de una Reina a quien sublima este glorioso dictado, debieron lastimarse sobremanera de oír como se procuraba justificar en el Senado la inseguridad en que dejaba la política francesa los derechos de Pio IX como Rey de Roma, «para no dar pábulo a sus peligrosas resistencias y deplorables ineptias», para no aprobar ese doloroso non possumus que amenaza perderlo todo. Así insultaba el ministro de Napoleón en la persona de Pio IX a la triple majestad del sacerdocio, de la ancianidad y de la desgracia! Así imputaba a la inocencia perseguida los peligros con que le amenazan sus perseguidores, los peligros en que le dejan sus amigos, los católicos sinceros.

Pero veamos si fué más afortunado el señor Mon buscando la solución de la dificultad que le angustiaba en nuevas pláticas con el ministro de Negocios extranjeros. Dejémosle hablar:

«Este pensamiento es también el de Mr. Drouyn de Lhuys, y es el que constantemente me ha manifestado cuando le he preguntado qué iba a pasar en Roma al día siguiente que las tropas francesas salieran de aquella ciudad. La pregunta que el embajador de

que en frente veíanse unos rostros y facciones profundamente surcados por las arrugas del vicio y del crimen, y en que se retrataba el remordimiento, la inquietud, el tardío arrepentimiento y el oprobio. Algunas de esas mujeres no pudiendo sostener la vista de los ángeles que las servían jamás se atrevieron a levantar del suelo los ojos, y otras no pudieron tragar un sólo bocado, atormentadas cruelmente por el remordimiento y confundidas por los rayos de la virtud despedida sobre el pecado.

Babeta, que estaba encerrada aparte y era objeto de los más asiduos y pacientes cuidados de las hermanas, habiéndola invitado aquel día a participar de la fiesta con las demás reclusas, lo rehuyó; pero permaneció sola mirándola desde la ventana de una pequeña estancia que daba al claustro. Estaba allí con el codo apoyado en el alfeiz y el mentón en el dorso de la mano, con los dedos entre los labios y mordiendo las uñas. Llevaba en la cabeza un pañuelo de seda oscuro bajado hasta los ojos. Cuando el Cardenal bendijo la mesa, volvió ella la cara con desprecio; y haciendo una mueca burlesca, miró de soslayo la púrpura, y escupió con desvergüenza cual si se hallase en una taberna. Tenía los ojos fijos en aquellas muchachas, que como criadas servían a las reclusas, y este acto sublime de caridad, en concepto de esa mujer altanera y criminal, era una necedad. Todos los desvarios de los Fanfarroneros, de los Furrieristas, Comunistas y Pan-

teonianos, de Helvecia, de Alemania y de Italia, se presentaban a su imaginación con su aspecto súbito y feroz que hoy llena al mundo de espanto. Viéndose a sí y a las demás delinquentes en la cárcel, blasfemaba de la justicia divina y humana, repitiendo estas infames palabras de Desmoulins: «Suprimid la virtud y en el altar de la libertad no ofrezcáis otro incienso que el delito. Precisamente lo que los imbéciles llaman delito es lo que debe reinar. Nosotros lo haremos expiar en la sangre de los Papas, de los Reyes, de los Obispos, de los Sacerdotes y de cuantos en Europa aman la virtud. Si no se da muerte a lo menos a dos millones de retrógrados, no es posible organizar un nuevo mundo feliz.»

Ya el lector puede figurarse la rabia de Babeta, viendo delante de sí un Cardenal, cuando hubiera querido matarlos a todos; y al ver aquellas nobles señoras, y las piadosas y amables señoritas, tan afables y modestas, cuando decía ella con Guillermo Marr: «¡Que el hombre debe hacerse salvaje y vivir en compañía de los leones del desierto para que pueda reinar feliz! Ella, que llamaba crimen a la nobleza, a la riqueza y a toda especie de propiedad.

Esas malhechoras arrepentidas eran para ella una burla; pues que hallaba gloriosa la maldad, y consideraba vileza el arrepentimiento! Ella, que veneraba como héroes a los asesinos del conde de Lemberg, del conde de Latour, de Leu, de Lessing, de

corsé y me la han quitado: ¡ah! picaros, canalla infame, volvedme el corsé.

Así, en medio del delirio, mientras que las enfermeras se habían apartado saltó de la cama y se plantó en medio de la estancia. Las demás enfermas temían que fuese a despedazarlas y pidieron socorro: a sus gritos acudieron dos enfermeras; pero no atreviéndose a acercársele, una de ellas llamó a la guarda que estaba aquel día de centinela allí fuera. Entró este hombre, y cogiéndola por el cuerpo la arrastró a la cama, donde rabando y debatiéndose con suma tenacidad y furia, se le rompió una arteria del pecho, salió espumosa la sangre y la ahogó. Así murió ahogada en su propia sangre, herida por la justicia divina, la que tanta vida le había derramado.

La sangre inocente clamaba sin cesar venganza delante de Dios: los sicarios no pueden escapar, sino que, como Cain, agitados, errantes y victimas de los tormentos de la conciencia, aunque exteriormente aparentaban estar tranquilos, en su corazón sienten el agudo aguijón del remordimiento, el susto, el temor y el horror los sepultan en las tinieblas hasta que, ó el lazo de la divina justicia les estrangula, ó el arma de un oculto enemigo los mata, ó Dios en su indignación los coje por los cabellos y los hunde en mala muerte.

Aquellos que según el artículo XLVI del código secreto de la joven Italia recibieron orden de la sociedad para matar con bala, veneno ó puñal a algún infeliz, ¿qué premio recibieron por su hazaña? Mu-

tarlo luego de dos en dos y acercarse al Cardenal que les administraba profundamente enternecido el pan de los ángeles; y luego de recibida la Comunión, cada cual con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza inclinada y la vista baja, volver a su lugar en silencio, y allí dar gracias y bendecir desde lo íntimo del corazón a la clemencia divina que se dignaba visitarlas desde lo alto de la gloria celestial!

¡Vase cuánto es el poder de la caridad y de la religión! Esas mujeres, desecho y basura de la sociedad, que perdido todo pudor y todo sentimiento de honestidad, se abandonaron a toda suerte de vicios y hasta de delitos, que habían dado traicionera y cruelmente la muerte, cual a su marido, cual a su amante, y algunas hasta a sus hijos; que robaron los bienes de los huérfanos; que tomaron parte en latrocinios, malhechos, raptos de doncellas, asesinatos de viajeros, incendios, calumnias, fraudes, perjuros, escupidos, adulterios, profanación de altares y lugares sagrados; que cómplices de falsificadores de moneda y de letras de cambio y de grandes estafas, que encauzadas en las más horribles maldades fueron la peste y abominación del mundo; esas mismas mujeres, redas aquí arrojadas, arrepentidas y pidiendo misericordia: aquellos corazones de pantera y de hiena héticos convertidos en corderos; aquellos pechos de bronce, aquellas almas altaneras, miradas humildes y sumisas ante su augusto Padre. Lo más digno de verse fué cuan-



Austria y yo le hemos hecho, es la siguiente: «Al otro día de salir las tropas francesas de Roma habrá un pronunciamiento en aquella ciudad, en el cual la autoridad temporal del Papa será desconocida y su persona expuesta a los mayores peligros: y entonces, ¿qué uso hará de su reserva el Gobierno francés? ¿Yo no quiero decirlo,» respondió el ministro, «porque, si yo dijera al Papa que volveríamos en su socorro, quedaría tranquilo e impasible en su silla, y pudiera repetirnos, cuando bien le pareciera, con otra Encíclica como la que acaba de dar, que tanta perturbación pudo habernos producido; y continuando sin temor su marcha acostumbrada, no sería extraño que se repitieran las escenas del joven Mortara y otras parecidas, y la responsabilidad vendría a caer sobre el Gobierno francés, que apoyaba y sostenía al Gobierno del Papa, que tales cosas hacía.»

¡Siempre las mismas reservas, la misma ambigüedad e incertidumbre! El gobierno francés no quiere ver al Papa tranquilo e impasible en su silla, sino agitado del temor para que no siga su marcha acostumbrada, rigiendo la Iglesia con santa libertad, apacientando las almas con doctrinas capaces de alentar a los poderosos del mundo; y he aquí por qué no le tranquiliza y asegura contra sus enemigos declarados. Dije- ra el Papa una sola palabra que agradara al cesarismo contemporáneo; hiciera algún sólo acto que le conciliara la benevolencia del liberalismo; retractara una sola vez su Encíclica, echando la culpa a un solo error, a una iniquidad sola; comprometiéndose siquiera a no escribir nuevas Encíclicas iluminando las almas, a no salvar nuevos niños Mortaras de las manos del judaísmo, a no hacer cosas tales como estas, y la reserva del Gobierno francés, que cual muro de bronce ocultaba la luz a los ojos del Sr. Mon, hubiera- se trocado por una declaración de... benevolencia, que no de seguridad tampoco. ¡Qué más quisieran los enemigos de la Iglesia que verla buscar una confianza puramente terrena, equívoca y efímera al precio de su libertad sagrada, de su palabra divina! ¡Que el Papa quedara tranquilo en su silla si Napoleón le asegurase en Roma! ¡Pero cuando ha perdido Pío IX su dulce y serena tranquilidad? ¡Cuándo fué poderosa la oleada revolucionaria a quitarle la confianza que tiene puesta en Aquel que parece dormido en la neta de Pedro, más cuyo sueño es la prueba del fiel, a quien lleva de la mano amorosamente a sus destinos, sin dejar que las aguas amargas le inunden? Esta es la verdadera seguridad, este es el fundamento de su esperanza, no la palabra tantas veces fallida de un hombre, no el poder efímero de un Gobierno, no en fin, una caña que puede herir al que la toque.

Con tales reflexiones nos brindan las notas de D. Alejandro Mon sobre la Encíclica y el Gobierno imperial. ¡Y todavía hay quien cree que la política francesa puede tranquilizar a España y moverla a tomar parte en la ejecución de sus designios! Desgraciadamente el Gobierno español, a quien estos designios eran conocidos, no ha retrocedido ante el temor de reconocer a Italia justamente en ocasión en que se negaba a la potestad temporal del Papa una garantía explícita y enteramente fiel.

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

En los discursos del señor marques de Miraflores suele encontrarse de todo, como en botica: hay cosas buenas, malas y medianas. Poco más o menos sucede otro tanto en su vida política, a pesar de que en ella, francamente hablando, rara cosa hallamos buena, excepto la intención, que siempre es pura, cándida, inocente.

Entre las cosas buenas que ayer dijo el señor marques de Miraflores en el discurso que pronunció en el Senado, fué una que las rebeliones reconocen por origen la mala enseñanza de las universidades. Por esta verdad que salió de los labios de S. S., estamos por perdonarle las lecciones que nos dió de derecho constitucional,

encareciéndonos la necesidad de que haya dos partidos, ni más ni menos, que turnen en el poder; aquello de que la opinión es reina del mundo, con otras muchas cosas que sería largo de recordar.

El ejército no basta, decía el señor marques, para evitar los pronunciamientos: es necesario poner mano en la enseñanza pública, arrancando las semillas socialistas y revolucionarias; es necesario ponerla sobre los ideólogos que perturbaban la sociedad, pues no se puede sostenerla en semejante situación.

Todo esto nos parece que ni de perlas; pero el señor marques no ha reflexionado sin duda que afirmar esto es pasarse con armas y bagajes a las ideas de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, es atacar la raíz del liberalismo.

Consta, pues, que según el señor marques de Miraflores, es necesario purificar la enseñanza pública de la mala doctrina y de los malos profesores; consta que ha reconocido la necesidad de combatir los malos libros de texto y los Textos vivos, cual si fuera un redactor de nuestro humilde periódico.

#### Dice EL DIARIO ESPAÑOL:

«El Sr. Nocedal está en desgracia, ó por mejor decir, lo está su flamante enmienda sobre incompatibilidades.

Ayer tarde se reunieron los diputados de oposición moderada en el salón de presupuestos del Congreso, y según hemos oído asegurar, acordaron no votar la enmienda del diputado absolutista, presentando en cambio otra sobre el mismo asunto, aunque no haya de ser discutida.

Según dice un colega, la enmienda del Sr. Nocedal no llegará a votarse, pues sus autores la retirarán terminados que sean los debates a que la misma dé lugar.»

El verdaderamente desgraciado es el párrafo preinserto.

El proyecto de incompatibilidades no es enmienda sino proyecto de ley.

Como tal, no tiene autor es, sino autor.

La enmienda no es sobre incompatibilidades, sino sobre el discurso de la Corona.

Los autores de la enmienda no se llevarán chasco ninguno con que no la voten los moderados, pues no la han hecho para que los liberales la voten, sino para decir al país la verdad, toda la verdad acerca de la situación, y sabido es que por poco liberalismo que encierre un estómago, no puede ya digerir toda la verdad.

Por último, no es cierto que el Sr. Nocedal piense retirar la enmienda antes de que se vote.

Contestando al señor Miraflores, dijo ayer el Sr. Posada Herrera lo siguiente:

«Las ciencias están íntimamente hermanadas en sus progresos, y cada una se aprovecha de las que hacen las otras; yo pudiera citar un escritor desconocido generalmente porque no acertó a formular en lenguaje claro las notables consecuencias que obtuvo de la filosofía alemana en favor de las ciencias matemáticas; hablo de Wronski; pero quizá cuando el progreso de los tiempos hagan que sus ideas sean bien meditadas y comprendidas, el siglo presente encontrará en esa filosofía, respecto a las ciencias exactas, las ventajas que los pasados han encontrado en la filosofía de Descartes y Leibnitz.»

Aunque muy poco conocido, Wronski, en efecto, ha querido dar a las matemáticas el fundamento filosófico que hoy les falta; pero es un error grandísimo el atribuir la excelencia de la obra de Wronski a la filosofía alemana. Muy al contrario, las consecuencias notables que el sabio matemático obtuvo en favor de las ciencias exactas, están sacadas de los principios de la filosofía escolástica; y tanto es así, que cuando Wronski se separa de estos principios y se apoya en los errores de la filosofía alemana, saca también consecuencias evidentemente erróneas para las ciencias matemáticas. Tal vez

otro día tengamos ocasión de demostrar esto al Sr. Posada Herrera.

El no haber acertado Wronski a formular en lenguaje claro sus doctrinas, es también una prueba de la perniciosa influencia que en él ejercía su afición a la filosofía alemana.

#### Dice LA CORRESPONDENCIA:

«Se ha realizado nuestro anuncio sobre no haber asistido a la alta Cámara ninguno de los Prelados españoles para tomar parte en las discusiones del reconocimiento de Italia. Los diarios de oposición toman acta de ello. Nosotros recordamos únicamente que también hemos dicho que se había dado a muchos Obispos, por personas altísimas el consejo de que procuraran no mezclarse en las cuestiones ardientes de la política.»

Cuando LA CORRESPONDENCIA toma el aire de competente en asuntos y personas políticas, cuando quiere pasar por órgano de ministerios, nada tenemos que decir; pero cuando trata de aplicar su sistema a personas y cosas sagradas, creemos firmemente que traspasa los límites de su misión y que al hacerlo no sabe lo que se hace.

Los Prelados no necesitan recibir consejos de nadie para no mezclarse en cuestiones ardientes de política, y estamos seguros de que ninguna persona por altísima que sea se ha creído en la necesidad de darles este consejo.

Está llamando la atención la conducta de los periódicos unionistas que se despatchan a su gusto en ciertas cuestiones, cuando los diarios atacados que no son de este partido, no se defienden ni se defenderán en algún tiempo.

Tal nos sucede a nosotros en la cuestión de Italia.

#### Leemos en EL AMIGO DEL CLERO:

«Merced al celo é interés que el Sr. Ortiz de Pinedo muestra en favor del distrito de Guadalajara, por el que recientemente ha sido elegido diputado, se ha acordado la concesión de una cantidad á beneficio del templo parroquial de la villa de Orche, en el cual se han hecho varias reformas con estos recursos extraordinarios con gran satisfacción de sus piadosos vecindarios.

Aplaudimos que el Sr. Pinedo emplee de un modo tan oportuno su legítima y natural influencia como diputado, escritor político y amigo del Gobierno.»

Muy de aplaudir es, en efecto, que el señor Ortiz de Pinedo haga esas buenas obras; pero más digno de aplauso fuera que los diputados de la nación no tuvieran necesidad de andar mendigando por los ministerios concesiones que son de pura justicia.

No es una falta de orden que los representantes del país tengan que pedir lo que debía concederse con una simple indicación del Prelado? ¿Quién conoce mejor las necesidades del culto en cada pueblo, los Obispos ó los diputados?

El Sr. Ortiz de Pinedo que acaba de mostrar su celo en favor de una iglesia del distrito por donde ha sido elegido diputado, es el mismo que acaba de presentar una enmienda al párrafo del discurso de la Corona que trata del reconocimiento del llamado reino de Italia, en sentido aun más liberal que el de la comisión del Congreso: de manera que el Clero y los fieles de la villa de Orche tienen que agradecer al Sr. Ortiz de Pinedo un beneficio particular en favor de un templo, al propio tiempo que ellos y toda España tienen que censurar al señor Ortiz de Pinedo por su conducta en una cuestión político-religiosa.

No se podría presumir que los Gobiernos, accediendo á las peticiones de los diputados liberales, tratan de acostumbrar á los pueblos al liberalismo y hacer que hasta los sentimientos religiosos le rindan tributo?

Asunto es este más grave de lo que á primera vista parece.

El Boletín Eclesiástico del Arzobispado de

Zaragoza contiene un importantísimo discurso pronunciado por su venerable Prelado, el solemnemente día del nacimiento del Señor en la Misa pontifical que celebró. Para conocer su importancia, bastará saber que este notable documento puede considerarse como un bosquejo de lo pasado, de lo presente y de lo venidero del reino de Jesucristo, y que se halla destinado á prevenir á los fieles de su diócesis contra tantos impíos escritos como desgraciadamente circulan por todas partes.

Sentimos que la abundancia de materiales no nos permita dar cabida en EL PENSAMIENTO á este importante trabajo, que es un nuevo testimonio del saber y del celo apostólico del muy reverendo señor Arzobispo de Zaragoza.

#### Leemos en un diario de noticias:

«Ha llamado justamente la atención, que después de tanto como se ha dicho y escrito para hacer ver que el reconocimiento del reino de Italia por España afectaba el sentimiento católico de esta nación, no haya acudido ningún señor Obispo de los que tienen puesto en el Senado, á prestar apoyo con su voto á aquellas suposiciones. Este hecho, entre otros, demuestra una vez más, que el acto esencialmente político del reconocimiento, es de todo punto independiente de la cuestión religiosa.»

Lo que esto prueba es que el periódico que así se expresa ha olvidado las exposiciones hechas por el Episcopado español contra dicho reconocimiento, ó lo que es peor, que no las ha leído. Pase la vista por ellas, y verá si en ellas se juzga el hecho como esencialmente político.

#### Dice LA POLÍTICA, periódico ministerial:

«Manifestación elocuente en favor de la política del ministerio, la mayoría de la Cámara ha declarado ayer que acepta el reconocimiento del reino de Italia EN TODA SU EXTENSION Y TRASCENDENCIA.»

¡Adelante!

Horroriza la estadística que insertamos á continuación; pero por ella juzgarán nuestros suscritores del estado de moralización en que se encuentra hoy la sociedad.

Primeramente, y según noticias del periódico EL PUEBLO, parece que el mandingo que dió una puñalada al Sr. Inestal en Logroño, había estado ántes en la casa del duque de la Victoria y pronunciado palabras misteriosas, inventando patrañas con objeto sin duda de atentar contra la vida del general; pero Dios quiso seguramente librar á Espartaco de las manos del bandido, preso ya en la cárcel de Logroño.

La muerte violenta del juez de Arnedo, de que también dimos ayer cuenta á nuestros suscritores, no tuvo otro origen, aparentemente, ni reconoció otra causa que el haber querido separar por sí mismo á dos hombres que luchaban entre sí, navaja en mano, y uno de los cuales asestó una horrible puñalada al indicado señor juez.

En la madrugada del 3 fué robada la iglesia parroquial de la villa de Muro, provincia de Alicante, llevándose los ladrones cuatro cálices de plata cincelados, una cruz, el *Lignum crucis* y otros objetos del mismo metal, ignorándose quienes puedan ser los autores de tan sacrilegio crimen, que tiene aterrados á todos los vecinos de dicho pueblo.

El domingo por la noche fueron robadas de la iglesia de Castropodame (Leon) todas las alhajas que había en el templo y en la sacristía incluso los vasos sagrados, sin que los criminales hayan sido habidos.

Anteanoche dió un hombre tan fuerte golpe con una vara á un cochero, que le saltó el ojo derecho. El herido fué conducido á la casa de socorro del primer distrito, donde se le hizo la primera cura.

La ocurrencia tuvo lugar en la calle de Carlos III, y el agresor fué detenido y llevado á la prevención.

El sábado, como á las nueve de la mañana, una señora viuda, de familia decente, que vivía hace años en la calle de la Torre de la ciudad de Cádiz, casa de pupilo, después de haber oído Misa, confesado y comulgado en el Córmen, se dirigió á la casa número 28, calle del Marzal, esquina á la del Molino, y penetrando en la azotea á pretexto de cojer un pájaro, según

refieren, se arrojó á la calle desde lo alto del pretil, causándose la muerte.

Para que para ascender al referido pretil, tomó una maceta que había en el mismo y la colocó en el suelo, dejando un banquillo de tijera y un devocionario, en una de cuyas hojas blancas dicen que había escrito algunas palabras que indican el motivo de su fatal determinación.

Este mismo día que acabamos de indicar, y hallándose jugando en Málaga en el sitio conocido por los Tejares varios muchachos al lado de uno de esos grandes cortes de barro, uno de ellos empujó á otro, el cual cayó á más de veinte varas de altura, quedando muerto en el acto. Espantado el agresor huyó en seguida; pero apenas sabido su nombre, fueron á buscarle los dependientes de la autoridad á su casa, donde se encontraba, sin haber dicho nada. Al oír que preguntaba por él la justicia, sacó de un cajón una pistola de su padre y se disparó un tiro en la cabeza, quedando cadáver. Cada uno de estos niños tendría diez ó once años: Así lo refiere un periódico de aquella localidad.»

#### Y por último el Avisador malagueño dice:

«En la madrugada del domingo puso fin á su existencia el Sr. D. Manuel Castillo y Rivadeneira, sugeto muy conocido en la corte, perteneciente al cuerpo diplomático, y que por largo tiempo estuvo en Constantinopla de secretario de la embajada española. Hacia unos meses que se hallaba en esta ciudad, y se ha dicho había comprado últimamente algunas fincas. Paraba en una fonda de la calle de Granada, frente á la del Vedor. Era dicho señor persona de edad, y al parecer estaba algo padecido. Hubo de darse la muerte en la cama, pues estaba en ropas menores y se había servido de una navaja de afeitar con la que se desgolló, causando una grande y profunda herida, que horrorizaba verla. Sin embargo, no perdió instantáneamente la vida; pues no murió hasta unas dos horas después, durante las cuales habló algunas palabras ó pudo contestar por señas á las preguntas que se le hicieron. Luego que tuvo noticia de este triste suceso el señor juez respectivo acudió á instruir las oportunas diligencias. El cadáver fué conducido por la mañana al depósito general del cementerio donde por la tarde se le practicó la autopsia.—¡Qué funesta aberración, qué ciego delirio habrá llevado á este desgraciado á darse una muerte tan horrible!

Aun cuando en muchas ocasiones sólo puede manifestarse el suicidio á un delirio terrible ó á un arrebatado de locura, menester es reconocer que ya cuando entre nosotros esta funesta manía, y que mucha parte tiene en tan execrable crimen la falta y aun el abandono de las ideas y de las verdaderas creencias religiosas. El ilustre Debreine en su obra de EL SUICIDIO, considerado bajo el punto de vista filosófico, religioso, social y médico, se expresa en estos términos:

«Dos hombres, dice, absolutamente situados en las mismas condiciones físicas se ven envueltos en una catástrofe común; el uno es bueno y fervoroso cristiano, y el otro incrédulo é impío; el primero se resaca, y como Job; el otro se mata como Saul.»

Ahora bien; ¿es posible continuar así? preguntamos nosotros: ¿ó se hace, más bien, indispensable procurar la regeneración de esta sociedad por medio de una educación cristiana dada á la juventud, del buen ejemplo, y de leyes en armonía con los principios religiosos y la sana moral?

Hé aquí las principales noticias que con relación á las cuestiones del Pacífico encontramos en varios periódicos:

«De los diez y nueve Estados independientes de América, sólo uno, el Perú, se ha pronunciado en favor de Chile. Los otros diez y siete han declarado su neutralidad en la cuestión hispano-chilena.»

#### (Correspondencia.)

«Según parece, una de las causas principales de la retirada de Lima del Sr. Alibustir y del levantamiento de la legación que dirige, fué que al notificar el Sr. Pacheco á todo el cuerpo diplomático acreditado en el Perú, con fecha del 14 de Diciembre, el advenimiento del coronel Prado al poder supremo provisional de la república, no pasó tal comunicación al representante de España. El Sr. Alibustir había dejado encomendada á la legación de Francia la protección de los súbditos españoles.»

#### (Epoca.)

«Todo cuanto se dice de la aparición de corsarios chilenos se funda sólo en que se sabe su salida de los puertos ingleses, pero no porque los haya visto en la



mar ninguno de nuestros buques de guerra ó mercantes. Las fragatas blindadas *Independencia* y *Huascar* no son corsarios chilenos, sino buques de guerra del Gobierno peruano. El *Independencia* que se encuentra en uno de los puertos de los Países Bajos, no está concluido de blindar y todavía se encuentra sin artillería. Ha abandonado el astillero inglés donde se estaba construyendo por temor de que el gobierno de la Gran Bretaña, cumpliendo con las leyes de neutralidad, le impidiese hacerse á la mar cuando estuviera concluido.»

(Correspondencia.)

«Según escriben de la capital del vecino Imperio, háblase allí de gestiones bastante activas entre París y Londres relativas á los corsarios chilenos. Dicese que los Gabinetes quisieran ponerse de acuerdo para seguir una conducta común á fin de proteger más eficazmente los intereses amenazados por este incidente.»

(Política.)

«En todo este mes quedarán terminados dos de las cinco fragatas que se están construyendo por cuenta del Gobierno español, y muy pronto quedarán listas otras tres incluyendo la fragata blindada *Tetuan*.»

(Correspondencia.)

«Aun cuando los periódicos de Santander que su comandante general ha recibido una extensa comunicación en la que le autoriza para fortificar aquel puerto, trayendo de Santiago las piezas de artillería necesarias para el efecto con la dotación correspondiente de artilleros.»

(Política.)

Hé aquí el articulado del proyecto de ley sobre caducidad de créditos:

Artículo 1.º Se declaran caducados los créditos no inscritos en el actual Gran Libro de la Deuda pública, que llamados á reconocimiento y liquidación no hayan sido reclamados en la forma y dentro de los plazos establecidos por las leyes y disposiciones vigentes.

Art. 2.º Los créditos que traigan su origen de época anterior al establecimiento de los presupuestos en 1828 se entenderán reclamados en tiempo hábil, siempre que lo hubiesen sido en 31 de Diciembre de 1836, en que finalizó el plazo señalado por el Real decreto de 16 de Febrero del mismo año. Se exceptúan los créditos procedentes de los tratados celebrados con Francia en los años de 1795 á 1815, los cuales caducaron en 4 de Enero de 1818, con arreglo á lo estipulado en los mismos y anuncio publicado en la *Gaceta* del día 25 de Mayo de 1817.

Art. 3.º Se consideran legítimas las reclamaciones hechas en tiempo hábil por los ayuntamientos en representación de los pueblos; por los consulados á nombre de los interesados en los préstamos que se hubiesen levantado por su conducto y cuyo importe hubiere ingresado en las arcas del Tesoro; y por los habilitados á nombre de las clases respectivas.

Art. 4.º Los créditos contra las cajas de los consulados, que estos satisficieran con el producto de los arbitrios que les estaban concedidos y que por efecto de lo prevenido en el Real decreto de 7 de Octubre de 1847, vinieron á ser una obligación del Tesoro, se considerarán reclamados en tiempo hábil, siempre que lo hubiesen sido por los mismos consulados á nombre de los acreedores ó por estos directamente en el plazo de cinco años, á contar desde la publicación de la ley de contabilidad sancionada en 20 de Febrero de 1850.

Art. 5.º Los créditos de presas inglesas de los años 1804 y 1805 reclamados hasta 31 de Diciembre de 1836, se justificarán presentando en las oficinas de la Deuda los documentos necesarios para acreditar el embarque y pertenencia del metálico y efectos apremiados, el valor de estos y el apremio.

Sólo se admitirá como medios de prueba, alguno de los que á continuación se expresan:

Para el hecho del embarque:

1.º Testimonio del registro de la aduana del puerto de salida.

2.º Los conocimientos de los capitanes, patronos ó maestros de los buques.

3.º Las pólizas de seguros.

Para la clase de cargamento y su valor:

1.º Los medios expresados para la justificación del hecho de embarque.

2.º Testimonio de los libros de comercio de los remitentes, si estuviesen llevados en debida forma.

3.º Certificación de corredores aprobados en el punto de compra.

4.º La escritura de adquisición del buque.

Para el hecho de apremio:

1.º Testimonio del almirantazgo inglés ó del tribunal de la misma nación que declaró buena la presa.

2.º La protesta del capitán del buque, hecha en debida forma.

3.º Los anuncios hechos en la *Gaceta* ó en los diarios del año en que se hizo la presa.

Los documentos referidos se presentarán dentro de un año, contado desde la publicación de esta ley.

Art. 6.º Los acreedores por vitalicios que habiendo recogido las certificaciones de renta, las presentaron antes del 13 de Octubre de 1852, y los que habiendo presentado en tiempo hábil las escrituras de imposición no hubiesen obtenido las certificaciones, entregarán en las oficinas de la Deuda en el preciso plazo de un año, á contar desde la fecha de esta ley, bajo pena de caducidad, las las de defunción ó de existencia de los interesados, por cuyas vidas se hubiesen hecho las imposiciones, quedando únicamente exentos de la presentación de este documento los poseedores de rentas vitalicias impuestas sobre la vida de las personas de la Real familia, por la notoriedad de su fallecimiento.

Art. 7.º Los acreedores que lo sean por el ramo de tratados con la Francia de los años de 1795 á 1815, reclamados dentro del plazo á que se refiere el artículo 2.º de esta ley, presentarán en el término de un año, bajo la misma pena de caducidad, las certificaciones que les expidiera la suprema junta de tratados, ó la prueba de extrayto, si hubiesen desaparecido aquellas.

Art. 8.º La dirección general de la Deuda procederá al examen y liquidación de los créditos procedentes de depósitos y fianzas, así en metálico como en efectos, que hallados constituidos en las arcas públicas fueron tomados por el Gobierno con anterioridad al sistema de presupuestos establecido en 1828. A medida que vaya practicando estas liquidaciones hará los oportunos llamamientos en los periódicos oficiales, para que los interesados que á la publicación de esta ley hubiesen obtenido ya los finiquitos de sus cuentas ó las providencias de cancelación de los depósitos, dictadas por el tribunal ó au-

toridad competente, acudan, bajo pena de caducidad, en el término de cinco años, contados desde la publicación de esta ley, á reclamar la emisión y entrega de los valores que han de darse en equivalencia del capital de los depósitos ó fianzas.

En igual pena incurrirán los que no habiendo obtenido las providencias de cancelación ó alzamiento de los depósitos y fianzas dejen de solicitar el abono de sus créditos en el referido plazo, que en este caso empezará á contarse desde la fecha en que se dicten las enunciadas providencias.

Art. 9.º Los acreedores por alcances de cuentas anteriores al 1.º de Mayo de 1828 presentarán en las oficinas de la Deuda los documentos representativos de sus créditos, y solicitarán su liquidación y abono en el término de un año.

Este plazo correrá desde la publicación de esta ley para los que hayan obtenido ya los finiquitos ó certificaciones de solvencia, y desde la fecha de la expedición de estos documentos para los que no los hubiesen obtenido.

Los créditos que dentro de estos plazos no fuesen reclamados incurrirán en la caducidad.

Art. 10. Se declaran caducados los créditos pendientes de liquidación y reclamados en tiempo oportuno, cuyos documentos representativos no hayan sido presentados en la dirección general de la Deuda antes del 18 de Octubre de 1852.

Art. 11. Se declaran también caducados:

1.º Los créditos procedentes de daños causados por los facciosos durante la última guerra civil, cuyos justificantes no se hubiesen presentado dentro del término de seis meses para los que residían en la península, ocho para los ausentes en las islas adyacentes ó en el extranjero, un año para los que se hallaban en las posesiones ultramarinas, y año y medio para los que se encontraban en las islas Filipinas, términos que correrán desde la publicación de la ley de 9 de Abril de 1849.

2.º Los créditos de la misma procedencia cuando se estraviaron los expedientes y no acreditaron los interesados esta circunstancia ó destruyeron el nuevo expediente antes del 28 de Julio de 1864.

Y 3.º Los créditos de igual clase para cuya completa comprobación las oficinas de la deuda exijan á interesados algún nuevo documento, si estos no lo presentan en el plazo que el efecto se les señalaba, el cual no podrá exceder de cuatro meses.

Art. 12. Se declaran caducados los créditos de participes legos en diezmos, cuyos interesados no hubiesen hecho sus reclamaciones con la presentación de los documentos justificativos de su derecho, en el plazo que al efecto se les concedió por el art. 5.º de la ley de 20 de Marzo de 1846. Tampoco se les admitirán nuevos documentos para ampliar ó corroborar las pruebas que contengan los ya presentados; pero si al examinarse estos por las oficinas de la Deuda se ofreciesen dudas que á juicio de la junta conviniera esclarecer para la más acertada resolución de los expedientes, se reclamarán los datos ó documentos necesarios de oficio, si existiesen en las dependencias de la administración ó del interesado, si este debe facilitarlos; mas en tal caso se le señalará por la misma junta un plazo improrrogable, que no podrá exceder de seis meses para que los presente. Trascorrido este plazo sin verificarse se elevará el expediente en consulta al Gobierno para la resolución que proceda.

Art. 13. Publicada que sea en el *Boletín oficial* de la provincia en que radicaren los diezmos, por tres veces consecutivas en el espacio de tres meses, la Real orden declaratoria del derecho á la indemnización, con arreglo á lo dispuesto en el art. 14 del Real decreto de 15 de Mayo de 1850, presentarán los participes al gobernador de la misma provincia en el improrrogable término de un año, á contar desde el último llamamiento, bajo pena de caducidad, los documentos que por la ley de 20 de Marzo de 1846 y disposiciones vigentes se exigen para poder verificar la liquidación y fijar la real liquidación indemnizable.

Una vez presentados los justificantes que se requieren para acreditar la renta íntegra y cargas deducibles en el referido plazo, trascorrido este no se admitirán ya á los participes de nuevos documentos, aunque tengan por objeto ampliar las justificaciones antes presentadas; pero si la junta de la Deuda al examinar las pruebas en que las oficinas de provincia hayan fundado las liquidaciones, creyese oportuno comprobar algunos de los hechos que en aquellas se consignen ó esclarecer cualquiera duda que sobre los mismos le ocurra, reclamará de las dependencias de la administración, si en ellas existiesen, ó del interesado si este debiera facilitarlos, los datos ó documentos que sean conducentes al objeto que se proponga, señalando en este último caso el plazo dentro del cual haya de presentarse el participes, que no podrá tampoco exceder de seis meses; pero si dentro de este plazo no los presentase, la junta fallará sólo en mérito de los datos que obren en el expediente.

Art. 14. Los créditos del material del Tesoro contraídos desde el 1.º de Mayo de 1828 hasta 31 de Diciembre de 1849, que fueron objeto de la ley de 3 de Agosto de 1851, cuyas reclamaciones documentadas no se hubiesen presentado en los plazos marcados en el art. 9.º de aquella ley y en el 3.º del reglamento, dictado para su ejecución en 23 del propio mes, se declaran definitivamente caducados.

Los interesados á quienes no se hubiere entregado documento alguno representativo de su crédito, figurando sólo su importe en las cuentas corrientes de la administración, deberán reclamar su abono en el término marcado en el art. 18 de la ley de contabilidad de 20 de Febrero de 1850; este plazo empezará á contarse desde la fecha de la misma ley, si cuando se publicó figuraba ya en las cuentas de la administración el respectivo crédito. Para los que no se hallaren en este caso, se entenderá que empieza á correr desde que se consignen en dicha cuenta la suma que represente.

Art. 15. Los créditos procedentes de depósitos y fianzas, constituidos en metálico desde 1.º de Mayo de 1828 y los de alcances de cuentas de la misma época, que con arreglo á la expresada ley de 3 de Agosto de 1851 han de abonarse en deuda del material del Tesoro y cuyos interesados hubieren ya obtenido la providencia de alzamiento de las fianzas ó el finiquito de sus cuentas, deberán reclamar su abono bajo pena de caducidad en el plazo de cinco años, fijado en el art. 18 de la ley de Contabilidad de 20 de Febrero de 1850, á contar desde la fecha de esta ley. Para los que aun no hubieren obtenido aquellos documentos empezará á correr el mencionado plazo desde la fecha en que recaiga la providencia de can-

celación de la fianza ó depósito, ó desde que los interesados obtengan el finiquito de sus cuentas.

Art. 16. Los créditos de la deuda del Tesoro, procedente del personal, ó sean los posteriores á la época de presupuestos, cuyas liquidaciones se practican de oficio por los centros de contabilidad y dependencias del ramo en las provincias, sin previa reclamación de los interesados, incurrirán también en caducidad, si una vez verificadas las liquidaciones aprobadas por la junta de la Deuda, y publicado su resultado en los periódicos oficiales, dejan los causantes ó sus derechohabientes trascurrir el plazo de cinco años, á contar desde la fecha de los anuncios, sin acudir á presentar los documentos de personalidad y á solicitar la entrega de los títulos de dicha deuda, que han de darse en pago de esta clase de alcances. Respecto á las liquidaciones practicadas hasta el día, y á cuyos interesados se les han hecho ya los oportunos llamamientos para que acudan á justificar su personalidad y á reclamar el abono de sus créditos, se les concede el mismo plazo de cinco años, á contar desde la publicación de esta ley, para que presenten los documentos que acrediten su personalidad y pueda procederse á la emisión de los títulos que han de darse en pago. Si dejan trascurrir este plazo sin verificarse, caducarán sus créditos y se dará definitivamente de baja el importe de ellos en la cuenta de la deuda, cancelándose y amortizándose definitivamente los títulos de la del personal si se hubiesen ya emitido.

Art. 17. Practicada la liquidación de cualesquiera créditos reclamados en tiempo hábil y reconocidos por la junta de la Deuda, se incluirá su importe en la cuenta de liquidación y se hará el oportuno llamamiento á los interesados para que acudan á presentar los documentos de personalidad que acrediten su derecho y á reclamar la emisión y entrega de los valores que hayan de darse en pago.

Los poseedores de juros presentarán además los privilegios originales, ó en su defecto las diligencias ó anuncios de estravío que previene la Real orden de 13 de Abril de 1837.

Los que dejen trascurrir cinco años desde la fecha de los anuncios de la *Gaceta* de Madrid sin verificarse, se entenderá que renuncian su derecho, el cual quedará caducado.

Art. 18. Los interesados que habiendo presentado los documentos justificativos de personalidad, deban ampliar las justificaciones por no considerarse suficientes las presentadas, se les designará por la dirección de la Deuda, á propuesta de la fiscalía, el plazo prudente dentro del cual debe practicarse la ampliación de pruebas, no excediendo este plazo de seis meses; si trascurrido no hubiesen podido obtener la nueva justificación que se les hubiere exigido, sólo la junta de la Deuda por justas causas podrá ampliarlo hasta otros seis meses más; pero si trascurriese esta prórroga sin presentarse, se dará asimismo de baja en la cuenta de liquidación el importe de estos créditos que se considerarán caducados.

Art. 19. De los acuerdos de la junta de la Deuda podrán los interesados reclamar al ministerio de Hacienda en el improrrogable plazo de un mes, que empezará á contarse desde el día en que aquellos se les notifican.

Art. 20. De las resoluciones que dictare el Gobierno podrán también los acreedores reclamar ante el Consejo de Estado por la vía contenciosa en el mismo término de un mes á contar desde que aquellas les fueren notificadas.

Art. 21. Quedan derogadas todas las disposiciones que se opongan á las contenidas en la presente ley.

Madrid, 4 de Febrero de 1866.—El ministro de Hacienda, Manuel Alonso Martínez.

También inserta la *Gaceta* las resoluciones tomadas por el ministerio de Hacienda en el movimiento de su personal durante el mes de Enero último.

Un periódico dice haber oído á personas competentes que los proyectos de Hacienda presentados al Congreso, y que tan entusiastas elogios han merecido á los periódicos ministeriales, habrán de sufrir importantes modificaciones, si no se ha de dejar la puerta abierta á grandes abusos en lo referente á la conclusión del período liquidador de nuestras deudas, y si los hombres entendidos han de considerar como garantía formal la que se ofrece para disminuir la deuda flotante.

Leemos en un diario:

«Se nos han hecho notar algunas omisiones en que ha incurrido el Gobierno al remitir al Congreso las listas de diputados funcionarios. No aparecen en ellas los nombres ni de D. Francisco Rios Rosas, ni del Sr. Alvarez Bagallá, ni de algunos otros. Atendiendo á los nombres que ya hemos publicado los de esos diputados, y los de los ministros que tienen el carácter de representantes del país, el número de diputados con posición oficial elegidos en la última contienda electoral, pero de los cuales algunos han dimitido ya, ó la diputación ó el empleo, se eleva á ciento. El número de diputados que han jurado hasta el día, es de doscientos setenta y tres. Como se vé, la proporción es de una tercera, no de una quinta parte.»

Las siguientes líneas pertenecen á *La Epoca*:

«Recibimos hoy interesantes correspondencias de Lisboa, fecha 4 del actual, que vamos á extraer.

No dicen en ellas que, si bien en los primeros momentos los propósitos que se atribuían inexactamente á los sublevados sobre union ibérica dieron lugar á las manifestaciones en las Cámaras, de que ya tienen noticia nuestros lectores, calmada aquella efervescencia patriótica, los emigrados españoles habían sido acogidos como debe hacerlo siempre toda nación hidalga con el infortunio. Una fracción escasa, que quiere el triunfo de la revolución en la Península, y que tiene algunos órganos en la prensa, además de propagar, durante los días de los últimos sucesos toda clase de noticias absurdas, había preparado un recibimiento triunfal al marques de los Castillejos; pero los esfuerzos de aquel Gobierno y la prudencia y tacto de este último, pues es preciso decir la verdad, impidieron estas manifestaciones; asegurándonos nuestro correspondiente que, desde la llegada del general Prim á Lisboa, tanto él como los demás emigrados españoles guardan una actitud prudente y reservada.

El marques de los Castillejos no se había presentado una sola vez ni en el teatro ni en ningún otro sitio público. Afirmando en estas cartas que nada se sabía respecto á la salida del general Prim de Portugal, creyéndose generalmente que prolongaría su estancia

hasta Abril ó Mayo, esperando de un día á otro á su esposa. El marques de Niza le tenía hospedado en su casa, y había dado un baquete en su obsequio, al que habían asistido el duque de Sallanba, el general Santa María y otras personas distinguidas á quienes el general Prim conoció en el extranjero. El Gabinete, para evitar toda clase de conflictos, desearía que abandonase á Portugal; pero de seguro no faltará en nada á las consideraciones que inspira la desgracia.

El ministerio portugués continúa por ahora firme y con el apoyo de las Cámaras; pero se cree que no tardará mucho en entrar en él el duque de Loulé y tal vez el Sr. Casal Ribeiro. Los Reyes de Portugal se hallaban en Oporto con motivo de terminar la exposición.

El Sr. Cova, secretario que era de la legación de Italia en Lisboa, ha sido nombrado con el mismo cargo en Madrid.

Cuenta un corresponsal de Madrid á un diario de provincias, que el general Prim ha enviado una carta al comité central progresista, dándole cuenta de su conducta, manifestándose quejoso de algunas personas con las que creía poder contar para su alorada empresa, y asegurando que en los pueblos de su tránsito sólo ha encontrado apatía ó indiferencia, á pesar de que les habló de la supresión de los consumos y de otras medidas semejantes, propias para excitar su interés; el general, añade el corresponsal citado, asegura en su escrito que está dispuesto á recibir y cumplir las órdenes del comité.

Según parece, el Gobierno español va á pasar al de Portugal una nota expresiva de los empleos que tenían los emigrados que entraron en el territorio portugués al estallar la sedición militar de Ocaña y Aranjuez, con objeto de que no se va sorprendido por las reclamaciones de los interesados, pues estos aparecen ascendidos en dos empleos sobre sus anteriores graduaciones.

Habla la competente:

«Además de la rebaja hecha en el presupuesto de Guerra del año anterior, y que no llegó á hacerse efectiva, se han disminuido hasta ahora en él, y va á presentarse por dicho departamento veintiseis millones de reales.»

El mismo periódico anteriormente citado dice:

«Ayer tarde ha estado reunida la comisión del Senado que entiende en el proyecto sobre reforma de la ley de imprenta. Han hablado sobre la totalidad los señores Guillamas y marques de Corvera. La discusión continuará el día 9 á las dos de la tarde.»

En la *Perseverancia* de Zaragoza leemos lo que sigue:

«La Real Junta de reparación del templo de Nuestra Señora del Pilar, en sesión celebrada ayer tarde bajo la presidencia de nuestro celoso y venerado señor Arzobispo, después de una detenida y razonada discusión, acordó emprender las obras de grande escala, con los fondos actualmente recaudados, y en la confianza de que los hijos de María Santísima continuarán sus piadosos donativos para la terminación de esta grandiosa obra, que ha de ser monumento glorioso de la gratitud de los españoles á su excelsa Patrona, siempre solícita en su favor desde lo alto del cielo.

Felicitemos de todo corazón, con motivo tan plausible á nuestro Excmo. Prelado, á las dignas autoridades de Zaragoza, á los individuos de la comisión de obras, que con tanta actividad como inteligencia han trabajado en los planos y en ordenar cuanto es conveniente á obras de magnitud y por fin, á cuantos directa ó indirectamente se interesan por la feliz terminación del templo más antiguo y dedicado á la Purísima Virgen, y uno de los más admirables del mundo por su magnífica historia y grandezza.»

La condesa de Superunda, presidenta de la junta de señoras de la parroquia de San Marcos de esta corte, exhorta á todas las personas caritativas de este noble vecindario, á que contribuyan con alguna limosna para socorrer las familias pobres que han quedado sin techo, sin ropas y sin muebles en el terrible incendio ocurrido en la calle de Quiñones. Las personas piadosas que tengan á bien de dar alguna cosa que sean ropas ó dinero pueden entregarla á D. Fernando Castillo, calle de la Palma Baja, núm. 71, de diez á dos de la tarde.

El Padre Santo ha enviado la suma de 3,800 rs. á la junta de socorros para aliviar las desgracias que han sufrido los habitantes de la isla de Guadalupe.

El cambio de billetes ha llegado estos últimos días á por 100, y aunque es regular que baje, pues no hay un motivo mayor que el que existía anteriormente para esta subida, conviene, no obstante, que el Banco lo tenga en cuenta y haga toda clase de esfuerzos para evitar continúe el alza y se fomenten más y más una crisis tan perjudicial al público como á su crédito y á sus propios intereses.

Ha vuelto á hablarse de la ruidosa y célebre causa de la calle del Fúcar, que parecía como sepultada en el mas profundo olvido, y se asegura que está á punto de entregarse con el dictamen de acusación del fiscal de S. M.

Hace algunos días ha estado á punto de ser víctima de una estafa el conocido banquero de esta corte, Sr. D. José Caballero del Mazo. Parece que una malhabida se presentó en casa del mismo un joven elegantemente vestido, siendo portador de una carta suscrita por el capitalista excelentísimo Sr. D. Mateo Casado, en que este suplicaba al D. José le remitiera por el dador 5,000 rs., que, según dicha carta, necesitaba para una necesidad del momento. El banquero no tuvo el menor inconveniente en acceder á los ruegos de su amigo y cuando iba ya á entregar al joven, que se decía sobrino del Sr. Casado, la anunciada suma, se presentó el apoderado del Sr. Caballero, que alterado del caso, y sin duda para hacer el favor por completo, se ofreció á llevar personalmente al interesado los 5,000 rs.

Consideren nuestros lectores lo sorprendido que quedaría el dependiente al saber por el Sr. Casado que la carta en cuestión era falsa, y que no le ligaba con el mozo ninguna clase de parentesco.

Refirieron el suceso á fin de que llegue á noticia de algunos de los numerosos amigos del Sr. D. Mateo Casado, y no exploten en buena fe semejantes industrias.

Dice «Las Novedades»:

«Aunque sobre las nueve exigió á un prógimo un dependiente de la autoridad la multa de 10 reales por haberse arrojado á una pared donde no había cubeta urinaria. La multa fue pagada al momento.

Parece que estas noches se persigue con bastante fe á los que fallan al bando sobre desheber en las aceras. Así debe ser.

Se conoce que el periódico progresista no ha pasado por la calle de las Huertas, ni visto el lodazal inmundado que ha principiado á formarse junto á la casa

número 42 de la indicada calle, cuando se expresa en los anteriores términos.

No carecen de importancia las siguientes preguntas que hace *La Reforma*:

«¿En qué estado se encuentra la causa de la calle del Fúcar?»

«¿En qué estado se halla la causa formada al hombre aquel que salió por la calle de la Ronda matando á hirviendo á los pacíficos transeúntes?»

«¿Ha sido habido el soldado que en el Campo del Moro mató á una mujer y á un hombre?»

«¿Ha sido preso el que mató á una niña en el puente de Toledo, arrojando el cadáver á una alcantarilla?»

«¿Está ya seguro el que mató á otra niña en las inmediaciones del Canal?»

«¿Ha sido habido ya el que mató en una casa de la plazuela de Santo Domingo á una infeliz criada?»

El relator de Zaragoza, que hace poco tiempo asesinó á su mujer y desapareció luego, ¿ha sido ya habido?»

En un periódico de Valencia leemos lo siguiente:

«Obediendo á un sentimiento de indignación, lamentamos severamente la libertad con que gran número de chicos armaron descomunal pelea en el canal del río, en la tarde del viernes pasado. Hoy nos complace manifestar que habiendo comenzado de nuevo la pelea el domingo último, bajo al cauce el señor don Melario Arnesto, juez del distrito del Mercado, consiguiendo detener á dos de los muchachos que se entretenían en tan brutal diversion y entregándolos á los dependientes de la autoridad cuando pudo encontrarlos, para que se averiguase el nombre de sus compañeros y el de sus padres ó personas responsables.

Es más digna de elogio la conducta del Sr. Arnesto, por cuanto á pesar de haber denunciado este hecho la prensa, no vió el público ningún dependiente de la autoridad en aquellos alrededores durante la tarde del domingo.»

Por lo visto, esta nueva calamidad se extiende por todos los ámbitos de la Península. Los valencianos tienen, al menos, el consuelo de verla allí combatida.

Del diario valenciano «Las Provincias» tomamos lo siguiente:

«Ayer á las diez y media de la mañana se reunió un gran número de personas inteligentes en el espacioso templo metropolitano, con objeto de oír á Mr. Vilbach, organista de Santa Eufemia de París, que precedido de justa reputación artística, ha venido acompañado al representante de la casa de Bruselas, constructora del órgano de la iglesia catedral, y que debe colocar otro en la capilla del Seminario central de esta ciudad. Mr. de Vilbach tocó ayer con notable maestría algunas piezas escritas, en presencia del señor Arzobispo y gran número de personas competentes que le tributaron sus elogios; pero á fuer de imparciales debemos manifestar que si bien posee un conocimiento práctico de la construcción de los órganos belgas, que ha llegado á dominar arrancándole delicadas melodías, su mérito, que no queremos rebajar, no eclipsa el de los conocidos profesores de la escuela valenciana.

La España es para la música del órgano una especialidad reconocida por todas las naciones, que se admiran de la profunda inspiración con que los maestros de nuestra patria improvisan sobre su teclado bellísimas composiciones sobre un tema cualquiera, inspiración que atribuyen al genio meridional de nuestro pueblo y que no alcanza la generalidad de los maestros extranjeros reducidos á tocar sobre instrumentos conocidos las composiciones escritas al efecto y estudiadas con detenimiento. En la misma España la escuela valenciana ocupa el primer lugar y la mejor reputación; y son sus glorias D. Francisco Cobo, el señor Lureta, el padre Baró, D. Pascual Pérez, don Juan Bautista Plasencia, D. José Ubeda, actual organista de San Andrés y otros varios de esta ciudad que tienen adquirida merecidísima reputación por sus inspiradas improvisaciones.»

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Juan de Mala, confesor.

SANTO DE MAÑANA. Santa Polonia, virgen y mártir.

CULTOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta horas en la iglesia de monjas benedictinas de San Plácido, donde por la mañana habrá Misa cantada y por la tarde vísperas de Santa Escolástica y reserva.

Termina la novena de la Virgen de las Maravillas en su iglesia, y predicará en la Misa mayor D. Ambrosio de los Infantes, y por la tarde, en los ejercicios don Luis Perata.

En la iglesia de Jesus Nazareno estará S. D. M. de manifestar por mañana y tarde, en obsequio de su gloriosa Titular.

En la capilla del Santísimo Cristo de la Salud habrá Misa mayor á las diez, con manifiesto y sermon que predicará D. Patricio Páramo.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora del Rosario.

Se reza de San Tirso, mártir, con rito doble y color encarnado, haciéndose conmemoración de Santa Apolonia.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE FOMENTO.

Por Real decreto de 7 del actual ha sido nombrado para la plaza vacante de oficial de la clase de segundos de este ministerio, D. Lorenzo Pedraza, que lo es de la terceros, ascendiendo al puesto de este señor á don Francisco Escudero y Peroso, archivero bibliotecario segundo de segundo grado.

ULTIMA HORA

SENADO.

Se ha nombrado la comisión que ha de emitir su dictamen sobre la reforma del reglamento, propuesto por el señor marques del Duero.

El conde de Vistahermosa ha usado de la palabra para defender á un ausente, y ha rectificado algunos hechos que sentó el marques de Miraflores, como que la creación de la Guardia civil se debía al señor duque de Añunada, y que la insurrección capitaneada por Prim era la única que no había triunfado.

El Sr. Vistahermosa ha sostenido que lo primero era debido al señor ministro de la Guerra de aquel tiempo, y que los Gobiernos del partido moderado han vencido todas las insurrecciones.

También han usado de la palabra el duque de Valencia y el señor marques de Miraflores sobre un pequeño incidente, es inmediatamente ha comenzado su discurso contra la totalidad del proyecto de mensaje el señor marques de Vamonde.



